

La Madre del Héroe

Por

Fernando DIAZ Garcés

Doña María del Rosario Chacón de Prat, mujer de singular belleza y simpatía, modesta, austera y santa, aunque hoy permanezca enteramente olvidada o desconocida de nuestros contemporáneos, fue, en su época, la más grande y venerada figura de la Patria que se gloriaba de contarla en su seno afanándose por mitigar la desolada tristeza de su vida tronchada en las crueles exigencias de su destino, con las más encendidas muestras de su afecto reconocido y de una gratitud muy honda y sincera.

Modesta y austera, vivía una digna pobreza con la humildad de alma selecta como una verdadera santa invariablemente, la misma antes, que después de la epopeya que le colocara en el primer plano de la celebridad y de la fama mientras resignada esperaba se cumplieran en ella los designios de la Voluntad Suprema.

Su diversión favorita de los momentos que la dejaban libres los cuidados del hogar y la atención preferente de su marido enfermo y sus clases, era la lectura a la que se entregaba con sumo placer. Siguiendo la moda de la época, libros religiosos y por inclinaciones personales, algunas obras literarias o pedagógicas, no pocas de divulgación científica —la medicina— de preferencia, y así fue como cayó en sus manos el tratado de Preinitz sobre el empleo del agua en la curación de las dolencias humanas.

Porque no debe olvidarse que en aquel hogar existía un enfermo atacado de un extraño mal, posiblemente parálisis progresiva, en el que se habían ensayado, sin resultado alguno, por desgracia, todos los recursos de la medicina alopática. Ningún alivio, ni la menor esperanza de mejoría podía abrigarse, tampoco, de la herbolaria y la medicina casera nacional que, en sus infusiones y ungüentos, habían fracasado en forma deplorable.

Llegaba, ahora en el tiempo más oportuno, este nuevo método curativo hidroterápico, muy en boga entonces en Alemania, del cual se contaban prodigios, al parecer, con fundamentos naturales y perfectamente posibles e inocuos en la consecuencia de su aplicación y nada se arriesgaba ni comprometía, por tanto con ensayársele, y así se hizo: la señora Chacón misma se dio en alma y cuerpo a la tarea de aplicar al pobre paciente las prescripciones del terapéutico prusiano, baños, riegos, compresas y todo ello con rigurosa fidelidad, pero con los mismos resultados negativos de todos los anteriores intentos.

No quedaban esperanzas humanas ya para el desgraciado enfermo que cual otro Job había visto, en la humillada entrega del justo, presentarse una tras otra las desgracias que afligían, en lo moral y en lo físico, todo el dolor de su inmensa desgracia.

Y aquí se muestra la grandeza de la esposa ejemplar.

Sobreponiéndose a la ruina económica y a la tristeza de la monótona vida de la enfermera, no se desalienta: busca recursos, da clases, enseña música, contrata costuras, y amasando los centavos alcanza lo más indispensable: medicinas y alimentos para que en el hogar no falte nada.

No había lujo ni superfluidades, pero queda, en cambio, la satisfacción incomparable de sentirse, gracias al cielo y a sus manos, autora del bienestar de la modesta casa hogareña.

Arturo, que parecía haber heredado la constitución del padre, era enfermizo y de naturaleza débil que le hacían aparecer como un muchacho triste, apocado y raquítrico, siendo en la realidad orgánicamente sano y bien hecho. Para él parecían especialmente ideadas las aplicaciones de agua fría tan útiles en el endurecimiento del cuerpo al cual comunican fuerza dándole, al mismo tiempo, en un renacimiento de los ánimos, una reacción favorable.

Las pacientes y continuadas manipulaciones de la señora Rosario que miraba con horror el debilitamiento del muchacho, encontraron un éxito maravilloso e inesperado. El niño recobró el apetito, empezó a sentirse más animoso. Volvieron los colores al rostro y fue como otro ser, perfectamente robusto y hasta alegre.

¡Un triunfo y una satisfacción muy merecidos para la abnegada madre!

Después vino la tarea de educarle: primeras letras, rezos, nociones de historia y geografía, a fin de preparar su ingreso a la escuela primaria y por complemento, música, solfeo, canto y piano que más tarde irían a deparar al futuro marino momentos de nostálgica distracción a su alma sentimental en las largas veladas de a bordo y en las obligadas recaladas de estación en los puertos.

Junto a esta madre modelo, encontró el ejemplo vivo de las más altas virtudes cristianas en constante y fervorosa práctica.

Pobre, pero resignada, económica y abnegadísima, ante la cruz que Dios la deparaba, vivía contenta de su suerte y en este ambiente la austeridad en que só-

lo el cariño abunda, se moldeó el alma de Arturo Prat.

Todo cuanto fue el héroe se debe a doña Rosario Chacón, a su vigilancia constante, a su virtuosa influencia y a la forma admirable en que supo desempeñarse en su papel augusto de madre y de maestra. Y tuvo la dicha de verlo avanzar por la vida, alumno aprovechado, oficial apuesto y brillante, vencedor en Papudo y Abtao, escalando con sus merecimientos todos los grados de la más promisoría carrera, abogado prestigiado y respetado de todos y el héroe máximo de su Patria.

¡Y era su obra, su deseo lo que tanto había pedido a Dios en sus plegarias para su niño querido, hecho ya consoladora realidad!

¡Cómo lloraría la emocionada madre cuando Arturo puso en sus manos, íntegra, sin tocar un solo centavo, su primera paga de la Armada! ¡Y cuando fue a llevarle su parte en la presa de la "Covadonga"!

Para el hijo no existían sacrificios cuando se trataba de su madre. De todas partes se había leído en su biografía, enviaba siempre oportuno y generoso, la clásica mesadita para "su mamá". Y en sus cartas la demostraba un cariño tan tierno e intenso que uno mismo no puede leer ahora expresiones sin conmoverse hasta las lágrimas. Todavía hasta en la última comunicación que despachara la víspera del 21 de mayo, Prat solícito y amante hijo, advierte a la esposa: "No olvides de pagar el canon de la casa de mi mamá".

Cuando sobrevino la guerra con España doña Rosario no podía ocultar su inquietud ni dominar los nervios por la suerte que pudiera correr su marino tan querido. Presentía una desgracia: llevaba el corazón oprimido. ¡Se veía tan cobarde en su soledad! El enemigo audaz y fuerte poseía barcos muy modernos y veloces, equipados con artillería de abrumadora superioridad, y su hijo se hallaba a bordo de la única nave nacional, reliquia flotante de glorias, pero de escaso andar y reducida combatividad, que pudiera enfrentarlos con alguna posibilidad de éxito.

Y no tuvo contratiempos ni corrió peligro alguno en las gloriosas acciones de Papudo y Abtao.

Ahora la cosa cambiaba para lo más favorable, según los cálculos mismos del capitán. El Perú disponía de potentes unidades de combate de gran movilidad que no se atrevería a comprometer así no más, en un encuentro de dudosos resultados. Y conocía personalmente a los marinos que las comandaban por haberlos tratado en las jornadas de la guerra hispana: sabía los puntos que calzaban en materias profesionales y sus cualidades guerreras y no les temía como tantas veces manifestara a su madre en sabrosos comentarios de la lucha. Grau, su amigo, el más capaz de todos, no se había atrevido, sin embargo, a actuar en el Combate de Abtao.

El riesgo era pues infinitamente menor y la confianza debía ser en consecuencia muchísimo más amplia y segura.

Júzguese, pues, cuál sería la reacción de estupor de ambas mujeres —esposa y madre— ante el trágico desenlace de la catástrofe de Iquique que humanamente aniquilaba sus vidas forzándolas hasta ocultar su inmenso llanto ante las jubilosas demostraciones con que Chile entero celebraba el martirio del héroe, a costa de su sacrificio y de sus lágrimas.

La Cámara de Diputados, interpretando esos sentimientos no en protocolar comunicación oficial de su secretaría, sino

en una nota que lleva la firma de casi todos los miembros, dijo en aquella ocasión estas sublimes palabras:

“Vos señora, que lo disteis a luz, vos que guiasteis sus primeros pasos, que formasteis y dirigisteis, desde la niñez, aquel corazón y aquel noble espíritu en que no han tenido cabida sino sublimes pensamientos y esfuerzos sobrehumanos, sólo sabéis en este momento, llorarlo, sin acordaros que para él se ha abierto el templo de la inmortalidad y que de las coronas con que ciñe, la gloria, la frente de nuestro héroe, la más fragante y la más bella, es toda vuestra”.

Alcanzó a ver la glorificación de su hijo y recibió el premio de sus afanes, muriendo muy anciana.

Pocas vidas tan bellas y ejemplares podrán presentarse en esta tierra como la de la señora Chacón de Prat, una de las mujeres más notables e ilustres que hayan existido en nuestro suelo.

La Patria no podría olvidar jamás su memoria, ni sus extraordinarias acciones y merecimientos.

El resplandor de sus virtudes iluminará siempre la aureola de grandeza espiritual del más alto valor cívico y guerrero de Chile: su digno hijo el Comandante Prat.